

Y el hombre y la mujer en sus miradas  
el mutuo horror de su maldad revelan,  
y se cruzan las frases aceradas,  
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:  
—¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?  
—¿Y recuerdas—el padre respondía—  
el puñal con que atroz le asesinaste?

—Fué el mismo que después clavé en mi pecho—  
dice ella,—castigando mi avaricia.  
—Yo, ahorcándome,—dice él,— en mi despecho,  
con el mismo dogal me hice justicia.

—¡Parricida!—uno de otro aborrecido,  
gritan con alma de dolor transida;  
y el eco, doblemente repetido,  
—¡Parricida!—responde—¡parricida!—

Y siempre recordando al hijo muerto,  
el hombre avaro y la mujer avara,  
se miran cual si un día en el desierto  
se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,  
—¡Oro! ¡Más oro!—la mujer decía;  
mas el hombre á su vez, desesperado,  
—¡Pero, y la paz del alma!—respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,  
para robar el oro que apilaban,  
el padre al hijo, el hijo á sus hermanos,  
como el buitre á su presa, se espiaban,

odiando Honorio y Paz todos sus dones,  
con la cara de horror casi amarilla,  
se alejan de un lugar donde á montones,  
inútil para todo, el oro brilla;

y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado  
ni un corazón con paz ni un ser risueño.  
Lugar de los insomnios adorado,  
donde nunca á dormir se para el sueño.

## ESCENA XXIX

## EL PECADO DE LA GULA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despeñado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS GLOTONES.—UN  
DESTACAMENTO DE FRANCESES

ARGUMENTO.—Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Helio-gábalo Galba, Claudio Albino, Mitridates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancáster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendáriz, quien, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria.—Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban  
esos globos inmensos de topacio,  
que en infinita profusión brillaban,  
sembrados como polvo en el espacio,

ven que en sus curvas, ondulante y varia  
en marcha desigual, sin luz ni huella,  
describiendo una elipse cometaria  
luce errática y nómada una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,  
balanceando sin fin, vira en redondo,  
cual del mar se abandona á los furores  
algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,  
del cenit al nadir, marcha el cometa  
de un lado al otro, en derredor girando,  
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;  
marea el movimiento como el vino;  
en el suelo de arena movediza,  
donde pisan los pies, huye el camino,

Junta el cometa en su veloz carrera,  
describiendo la elipse cometaria,  
al tumbo de una innoble borrachera,  
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;  
los que marchando van, marchan lo mismo  
que un hombre que se agita, y que va y viene  
en un barco que rueda en un abismo.



Movidos siempre allí, sin que se muevan,  
ven Césares ródar con pie inseguro,  
que en los anillos de sus dedos llevan  
el retrato del cínico Epicuro,

como Galba, Heliogábalo y Albino,  
que presentan sus caras amarillas,  
con los labios resecos por el vino,  
jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,  
Mitridates también, de rabia lleno,  
que en su estómago atroz de hambrienta fiera  
voraz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,  
y la mesa y el circo y las mujeres,  
van Lúculo, Vitelio y Maximino,  
gastados por frenéticos placeres.

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,  
que podía beber cuanto quería;  
y Catalina de Lancáster luego,  
que quería beber cuanto podía.

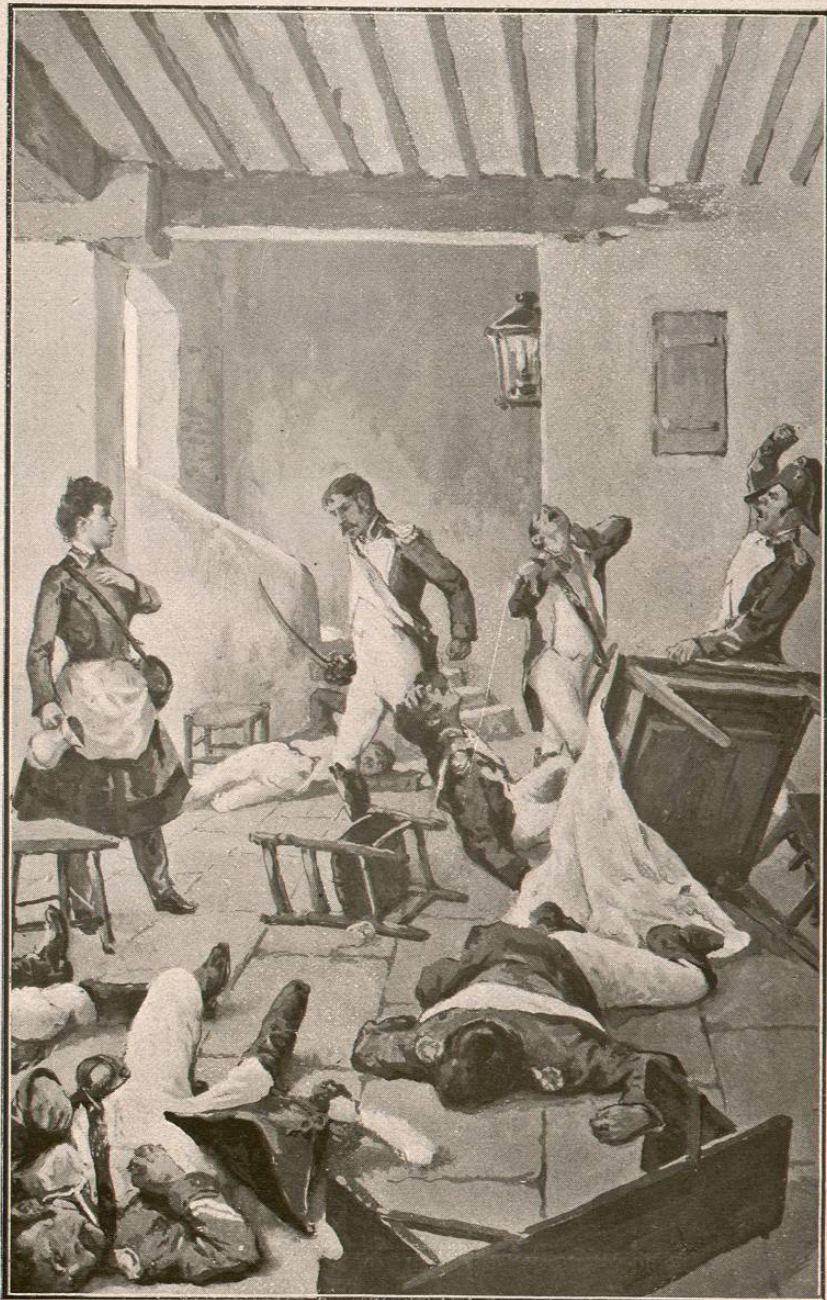
Todos, haciendo á la razón insulto,  
tentaban la justicia del destino,  
palpitando en sus labios, en tumulto,  
la muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Mareados se desploman, caen, juran,  
cual en un barco por la mar perdido;  
después como sonámbulos murmuran  
palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz después ven que, gritando  
un ruidoso tropel á gran distancia,  
más y más cada vez se va acercando,  
diciendo sin cesar: —¡Viva la Francia!—

Y dando hacia los dos, pasos inciertos,  
cual beodos que salen de una orgía,  
en tanto que en sus labios entreabiertos  
una sonrisa idiota aparecía,

salió uno al frente, que hacia Honorio anduvo,  
le saludó colérico, aunque urbano,  
con la rabia de un galo que no tuvo  
la gloria de morir espada en mano.



### EL DRAMA UNIVERSAL

(BLANCA DE ARMENDÁRIZ)

»Me lancé yo á matar aquella fiera;  
mas vi su cara de color de rosa,  
y caí sin matar por vez primera,  
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

(Escena XXIX.)



## BLANCA DE ARMENDÁRIZ

Y el bravo capitán de aquellas gentes,  
encarándose á Honorio, así decía:  
—Llegué con este grupo de valientes  
á cierto pueblo de Navarra un día.

»Fiel á su patria, y á la fe traidora,  
para acabar con mi brigada entera,  
disfrazada y cruel, cierta señora,  
se convirtió de pronto en cantinera.

»Viendo el vino y la joven, nos rendimos  
al goce de una innoble intemperancia,  
y bebimos, bebimos y bebimos,  
exclamando al beber:—¡Viva la Francia!—

»Porque yo, astuto y receloso acaso,  
la pregunté si el vino era un veneno,  
me miró la mujer, y apuró un vaso  
con pulso firme y corazón sereno.

»Hallándonos en guerra y en España,  
dudar debí de la mujer aquella...  
¿quién resiste al prestigio que acompaña  
á un rey si es bueno, á una mujer si es bella?

»Al vernos vacilar, ella arrogante,  
—Ya el veneno os abrasa, os turba el vino—  
nos dijo audaz, brillando en su semblante  
la expresión infernal del asesino.

»Y mostrando, fanática, en sus ojos  
un patriótico amor y un odio eterno,  
—¡Viva España!—gritó con labios rojos  
como el tizón más rojo del infierno.

»Blanca, al mirar que echaban mis valientes  
la mano á sus inútiles espadas,  
una risa infernal muestra en los dientes,  
y un báquico delirio en sus miradas.

»Me lancé yo á matar aquella fiera;  
mas vi su cara de color de rosa,  
y caí sin matar por vez primera,  
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

»Y era además tan brava, que aquel día  
con risa tan gentil bebió el veneno,  
que, entreabierta, su boca parecía  
un vaso de coral de perlas lleno.



»Dispuestos ya á morir mis camaradas,  
uno jura, éste ruega, aquél suspira:  
era un caos de frases pronunciadas,  
una vez con ternura, otras con ira.

»—¡Adios, mi eterno amor! Allá te espero.  
—¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea!  
—¡Desgraciado de mí, porque me muero  
sin oír las campanas de mi aldea!

»—¡Nadie esta infamia sospechar podrial  
—¡Bendigamos á Dios, pues lo ha querido!  
—¡Qué dirás de nosotros, patria mía?  
—¡Quién pudiera morir donde ha nacido!—

»Dándose todos, al caer, la mano,  
se acuerdan al morir, aunque beodos,  
uno del padre, el otro del hermano,  
y de su madre y de la patria, todos.

»Y al fin, entre nosotros maldecida,  
como nosotros de sufrir cansada,  
soltó también la carga de la vida  
la mujer venenosa envenenada.»—

Calló aquí el capitán, y en tal momento,  
por la memoria del veneno herido,  
aletargado, inmóvil, soñoliento,  
la cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo después en tierra dando,  
en honda estupidez, aquella gente,  
uno á uno cayeron, imitando  
el letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquel astro, en su camino,  
las curvas de sus órbitas borradas,  
se aleja, cual errante peregrino,  
del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea vía  
lo ven que, como esquife arrebatado,  
en una éclipse inmensa se movía  
por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,  
casi sintiendo del terror el frío,  
mientras ven el planeta enteramente  
perdido en los desiertos del vacío;

admirando las glorias infinitas  
del Dios que reina en su inmutable asiento,  
que con letras de fuego están escritas  
en la bóveda azul del firmamento.

### ESCENA XXX

#### EL FIN DE UN MUNDO

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro moribundo*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—JESÚS EL MAGO.—LAS ALMAS  
EN PENA.—PALACIANO

ARGUMENTO.—Sorprende á Paz y á Honorio el espectáculo de la destrucción de un mundo.  
Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,  
ven que un día siniestro se descubre  
ese color oscuro y mortecino  
de los últimos días del octubre,

y entre una multitud de inmensas moles,  
un planeta brillar por todos lados,  
en un vasto archipiélago de soles,  
por un cósmico mar desparramados.

Como el brillo de un sol que se ponía,  
sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,  
asisten á la bárbara agonía  
de las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido  
dejó hasta á Honorio, que, en su eterno duelo,  
jamás le conmovió ningún rugido  
ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo que del ruido desusado  
la causa Honorio con afán inquiera,  
dice Jesús, pasando por su lado:  
—Cumplió su tiempo ese planeta y muere.—

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,  
como el hombre, los astros en el cielo?  
Después que vegetando resplandecen,  
¿llegan también á una vejez de hielo?

¿Que es ya ese mundo? Impulso que se agota,  
cosmos sutil que agonizando vaga,  
de un péndulo inmortal fuerza ya rota,  
voz que se extingue, hoguera que se apaga.



Mirando el astro aquel, despavoridos,  
más les consternan, cuanto más caminan,  
los débiles, siniestros y perdidos  
resplandores de luz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo  
las nubes un carácter despiadado,  
y toman, descendiendo, descendiendo,  
un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendían  
derramados sin cauces los torrentes.  
Los rayos, ondulando, parecían  
unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y á un resplandor intenso  
unas llamas le siguen amarillas;  
después se deja oír el ruido inmenso  
de mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,  
variadas de color vuelan las aves,  
cual luces de San Telmo, esplendorosas,  
que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;  
la tierra desquiciándose crujía;  
los cuervos, arrojados de sus nidos,  
lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que caen sobre troncos muertos  
se ven unos sobre otros hacinados,  
y son en sus guaridas y desiertos,  
los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,  
rabiosos los reptiles se acumulan,  
y nubes de humo y polvo, condensadas,  
como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,  
y mezclando sus voces lastimeras,  
se confunden, se asordan y se imitan  
árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los ríos por los campos calles,  
traslada el mar su natural asiento,  
caen rotos los montes en los valles,  
y los valles deshechos en el viento.

Mientras tomaba así forma gaseosa,  
Honorio el pitagórico escuchaba  
una cierta elegía misteriosa  
que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fin, el huracán sacude,  
y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,  
y en él á condensarse el viento acude  
de todos los extremos del planeta.

Cual Etna, desde el valle hasta la cumbre,  
en bárbara explosión el mundo estalla.  
Va cesando el fragor, muere la lumbre,  
y apagado el volcán, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego;  
torna el fuego las aguas en rocío;  
el rocío se extiende y sube, y luego  
humo... vapor... ceniza... y ¡el vacío!

Honorio y Paz, después, con ansia horrible  
vieron, lanzando una postrer mirada,  
que todo quedó al fin en paz terrible  
entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,  
ya sin los cuerpos de que fueron dueños  
sin forma ni color, por las esferas  
cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cual la densa bruma  
que alza, sonando, por la tarde el río;  
y como nada sobre el mar la espuma,  
van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,  
la tierra muerta ya de sus dolores,  
porque en la patria de sus penas echa  
raíz el corazón como las flores.

Las almas que aparecen ó se esconden,  
mezclándose entre sí, vertiginosas,  
parece que preguntan y responden,  
gorjeando unas palabras misteriosas.

Luego, acudiendo el transparente bando  
hacia el punto central de los extremos,  
cual blancas aves de la mar girando,  
se preguntan con ansia:—¿Adónde iremos?—



¡Ay! no tienen los ángeles memoria  
de tanta angustia y de tan hondos gritos,  
desde el día en que Dios reinó en su gloria  
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos ó apartados,  
van volando uno á uno y ciento á ciento  
cual las brizas de hierba de los prados  
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,  
Paz una sombra á distinguir alcanza,  
y—¡Es él! ¡es él!—entusiasmada grita,  
abriendo el corazón á una esperanza.

Y en seguida la madre y el hermano  
con vista aguda y con atento oído,  
lograron ver y oír á Palaciano,  
de un rebaño de espíritus seguido;

pues del astro á los últimos reflejos  
corrió á guiar las almas lastimeras,  
como un hada que acude desde lejos,  
buscando á sus errantes compañeras.

## JORNADA SEXTA

### ESCENA XXXI

#### EL PECADO DE LA IMPUREZA

(PRIMERA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *Un sol putrefacto*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

ARGUMENTO.—Llegando Paz y Honorio á otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fué un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,  
sumidos en mortal melancolía,  
llegaron á un lugar caliginoso,  
donde el demonio blasfemó algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,  
su inquietud aumentando y sus pesares,  
un astro vieron de color obscuro,  
del cielo entre los rojos luminares.

Cuando al planeta á su pesar llegaron,  
venciendo su pudor y casi á obscuras,  
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron  
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento  
los desterró el placer: ¡tierra maldita,  
donde húmedo y letal esparce el viento  
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,  
se abren paso al andar con pies y manos,  
por bosques de hongos fétidos y umbríos,  
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren á bandadas,  
la atmósfera y las aguas corrompidas,  
mariposas negruzcas y pesadas,  
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,  
una especie de sátiros lascivos,  
que, más bien que unos sátiros, parecen  
reptiles de oceanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,  
el gusto hasta el hastío provocando,  
se ciernen los amores en el aire,  
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,  
dan grima al noble amor; raza sin nombre,  
que junta la malicia á la impureza,  
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,  
los sátiros, á monos parecidos,  
y mezclados con ellos las bacantes,  
sucios monstruos de géneros perdidos

persiguen á Tenorios, que sintiendo  
una dicha sensual pero funesta,  
gozaron sin virtud, no conociendo  
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;  
pues seres ya para el placer perdidos,  
furiosos agotaron en el mundo  
el placer sin amor de los sentidos.